

Capítulo 3

Hablo de la molestia que nos da placer

Sé más pronto a sufrir molestia que a darla.

SAN ISIDORO

Historia basada en hechos demasiado reales. Hace poco, paseando por la planta joven de unos grandes almacenes (cuanto más viejo me hago, más me paseo por esa planta) me crucé con una señora —tampoco era adolescente— que iba hablando por el móvil. En cuanto me vio, me reconoció, le cambió la cara y me pasó el móvil: «Toma, es mi marido, por favor, insúltale». Esa señora no había entendido nada. O quizá sí, y era yo el que estaba a por uvas. De cualquier modo, yo tomé su móvil, me lo acerqué a la boca, y sin escuchar siquiera a quien hubiera al otro lado, dije: «Caballero, hágame caso, divórciese en cuanto pueda». La cara de la señora cuando le devolví el móvil seguía siendo exactamente la misma que al principio de nuestra conversación, la de «he visto a un famoso y me ha hecho caso».

A menudo lo que nos molesta nos da placer. Dicho en plata, nos mola sufrir, que nos den caña. Culturalmente, lo tenemos muy

asumido. José Ovejero, premio Anagrama de Ensayo 2012, estudiando la crueldad en el arte, llega a la conclusión de que:

«A veces, la mera representación cruel exige sufrimiento: el del público. La escena del corte del ojo en la película de Buñuel hiere al espectador, éste quisiera desviar la mirada, siente la agresión, sabe que el artista desea que se encoja en el asiento, que sufra. **No es una coincidencia, no es un efecto indeseado del arte, sino su objetivo**».²⁴

Es el caso de los espectáculos de Leo Bassi. Este actor, dramaturgo, agitador cultural o bufón, como él mismo se define, se preocupa por molestar con cada nuevo espectáculo a su queridísimo público, hasta el punto de disfrazarse de papa, lanzar heces sobre el auditorio o boicotear la primera y exitosa edición del programa de televisión «Gran Hermano». El resultado es que a menudo consigue su objetivo, que según Bassi no es otro que realizar «provocaciones antisistema».²⁵ La polémica en la que con frecuencia envuelve sus estrenos ha significado desde una eficaz forma publicitaria («La polémica con el alcalde de Santiago, publicitariamente ha funcionado muy bien»),²⁶ una forma de testar la libertad de una sociedad («No me censuran a mí, censuran a los espectadores»)²⁷ hasta una forma de «crear una auténtica cooperación transfronteriza sobre temas políticos importantes para todos nosotros».²⁸

Y pese a todo, los espectadores somos los primeros cómplices del espectáculo de la molestia. Volviendo a Ovejero:

24. José Ovejero, *La ética de la crueldad*, Anagrama, 2012.

25. <http://bit.ly/SxivI5>

26. <http://bit.ly/TIH1i1>

27. <http://bit.ly/TIH1i1>

28. <http://bit.ly/YyFbh8>

El público no va allí engañado; salvo el día del estreno de la obra, cuando quizá no sabe qué esperar, quien compra una entrada tiene una idea de lo que va a encontrar sobre el escenario. **Espera violencia dirigida contra él y se convierte en cómplice al ponerse voluntariamente en situación de sufrirla.** Las razones para ello son muchas, desde el deseo de aprender algo sobre sí mismo hasta el de limpiar la propia conciencia [...]. Pero también hace algo mucho más interesante: **se desdobra, es víctima y espectador; más bien, mientras se contempla siendo insultado o maltratado, deja de ser quien es para convertirse en otro que está del lado del juez [...].** Al desdoblarse, **el espectador recibe el castigo y al mismo tiempo se concede la absolución, con lo que se da la paradoja de que la obra crítica que pretendía hacer al espectador sentir el peso de sus errores puede acabar aligerándolo de él.**²⁹

Sin embargo, afortunadamente no somos tan egoístas como para desear sólo el sufrimiento propio; también disfrutamos, y mucho, con el sufrimiento ajeno. En España llevamos años compitiendo en envidia, tiro al ausente y crítica libre, aunque también aquí hay naciones que nos arrebatan el oro, pues disponen incluso de términos como *Schadenfreude*³⁰ —del alemán *Schaden* ('daño') y *Freude* ('alegría')—, que significa, literalmente, 'alegría por la desgracia ajena'. Alemania, como siempre, llevándonos la delantera en todo, aunque seguro que esta vez Angela Merkel no ha tenido nada que ver. O bueno, igual sí.

No nos debería extrañar, pues lo mismo nos ocurre con la felicidad. Jeremy Rifkin, sociólogo estadounidense y autor de éxitos de ventas, afirma en *La civilización empática* que los nuevos estudios sobre felicidad también muestran que ésta no sólo se correlaciona con el nivel mínimo de confort, sino también con el nivel de estatus de la gente de nuestro entorno: **«La gente sigue midiendo su propia felicidad, no en términos absolutos, sino en relación**

29. Ovejero, op. cit.

30. <http://bit.ly/1MQMxy>

a los demás».³¹ Vaya, que si los demás están muy jodidos y tú no tanto, tienes más probabilidades de ser feliz. Esto es lo que nos ocurre, nos guste o no, y es así desde que el hombre es hombre:

Tertuliano, pensador que se convirtió al cristianismo en las postrimerías del siglo II d. J. C., **tras regodearse en la descripción de los tormentos a los que imaginaba que serían sometidos los réprobos, escribió que esa visión era mucho más placentera que el circo, el teatro y los espectáculos deportivos.** Y otros Padres de la Iglesia, como Tomás de Aquino, coincidían en que uno de los muchos gozos que experimentarían en el Cielo quienes alcanzaran la salvación sería contemplar desde allí los tormentos de los condenados.³²

Pero no nos engañemos. No es sólo un tema cultural ni lingüístico ni histórico, ni tan sólo religioso o —alguno lo habrá pensado— sexual. Se trata de algo que está implantado en nuestro cerebro. A medida que investigan nuestra mente, los neuropsiquiatras están descubriendo que todos llevamos un masoquista dentro. Algunos lo dejan salir con más frecuencia, otros con menos. Algunos lo sacamos cada día y acabamos muy mal, otros se lo guardan toda la vida y acaban aún peor. Pero lo que parece claro es que en todos los casos, donde existe un ser humano, hay un pequeño mini-yo al que le gusta que le hagan sufrir. Yo al mío lo llamo Justin.

Desde los años setenta, Paul Rozin, psicólogo de la Universidad de Pensilvania, ha estado estudiando por qué ciertas cosas molestan a la gente, y por qué hay otras que las encuentran atractivas.³³

31. Jeremy Rifkin, *The Empathic Civilization: the race to global conciousness in a world in crisis*, Penguin, 2009. Versión castellana de Genís Sánchez Barberán y Vanesa Casanova Fernández, *La civilización empática: la carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*, Paidós Ibérica, 2010.

32. Ovejero, op. cit.

33. Joe Palca y Flora Lichtman, *Annoying, The Science That Bugs Us*, John Wiley & Sons, Inc., 2011.

De todas sus investigaciones, quizá la más reveladora es la que trata sobre el estudio del chile picante. Según Rozin, no hay ninguna duda de que comer chile rojo y picante es una experiencia desagradable para el cuerpo humano. Está comprobado que los niños rechazan su sabor, y que además no hace ningún bien al organismo, como creían los mayas desde el principio de los tiempos. Sin embargo, millones de personas en todo el mundo lo siguen consumiendo hoy en sus platos como condimento habitual. ¿Por qué?

Rozin opina que la solución al misterio del chile es lo que llama «Reverso Hedónico». **«Algo que sabe terriblemente cuando lo comes por primera vez, consumido con frecuencia se convierte en una deliciosa degustación.»**³⁴ Repetir algo desagradable con el tiempo nos acaba gustando. Como producto, es el caso paradigmático de la tónica, una bebida con un sabor que al principio molesta, es inadecuado, áspero e incluso desagradable al paladar, pero que con el tiempo acaba convirtiéndose en un placer irremplazable. Incluso los sonidos más desagradables a priori pueden convertirse, a fuerza de repetición, en muy placenteros, hasta el punto incluso de convertirse en una adicción. Martin Lindstrom llevó a cabo un experimento junto con Elias Arts, especialistas en identidad auditiva global, «para identificar los cincuenta sonidos más poderosos y adictivos del mundo. ¿El tercer puesto? El sonido de un móvil cuando vibra».³⁵ En mi opinión, este mecanismo mental también explicaría por qué triunfan determinados artistas que suenan en «Los 40 principales».

Al parecer, este fenómeno no sólo nos ocurre con el chile. La misma explicación encontraríamos también tras el éxito de las montañas rusas, las canciones tristes, los antihéroes canallas, las películas de terror o las bromas de mal gusto. Rozin explica estos casos con un fenómeno más conocido en psicología como **masoquismo benigno**: nuestra mente encuentra placer cuando engaña a

34. *Ibidem*.

35. Martin Lindstrom, *Así se manipula al consumidor*, Gestión 2000, 2011.

nuestro cuerpo haciéndole creer que está ocurriendo algo desagradable, mientras nuestro cerebro sabe perfectamente que está todo bajo control. Sufrimos mirando una película de miedo porque nuestros ojos *creen* que estamos viendo fantasmas, pero experimentamos placer porque nuestro cerebro *sabe* que en el fondo sólo es una película, actores que responden al grito de «acción». Lo pasamos mal sobre una montaña rusa porque nuestro cuerpo *Cree* que caemos al vacío, pero experimentamos placer porque nuestra mente *sabe* que se trata de un vagón bien sujeto a sus raíles (o al menos en eso confiamos). De hecho, a partir de cierta edad engañar a nuestro cuerpo es el único placer realmente accesible, y si no pregúntale en qué piensa a cualquier onanista sesentón. Desde luego no es algo que nos gustará escuchar, porque nos deja sin justificación para muchos de nuestros comportamientos. Pero la realidad es que nos gusta que nos maltraten lo justo, siempre y cuando sepamos que en realidad no hay para tanto.

OT 5. Domingo, 8 de octubre de 2006, 19.00 horas

Primera reunión con los otros cuatro jueces del programa para hablar sobre lo que se supone que íbamos a escuchar esa misma noche. En la sala se encuentran Noemí Galera, directora de casting de Gestmusic; Javier Llano, director de Cadena Cien; Greta, adorable cantante del grupo musical Greta y los Garbo, y Josep Maria Mainat, socio de Gestmusic y productor ejecutivo de «OT». A cada miembro del jurado se le entrega un dossier con los nombres de los aspirantes y las canciones que interpretarán. En el televisor vamos visionando el ensayo general de la gala, donde cada concursante ensaya por última vez su canción. Todos los miembros del jurado son invitados a hacer sus comentarios en voz alta.

Yo permanezco callado, tratando de disimular lo poco que me gusta el formato. ¿Y cómo acabo ahí, si tanto detesto el programa? El culpable hay que buscarlo unos meses antes, concretamente en abril de ese mismo año.